

te "el más astuto de todos los animales", la máscara de la potencia espiritual, enemiga de Dios, que sedujo a nuestros primeros padres; y hasta es posible que utilizase más directamente una tradición extraña a Israel, en que la serpiente tenía un papel análogo, aunque hasta ahora no se ha podido encontrar ninguna prueba formal para afirmarlo.»

Se objeta en contra esa reflexión, según la cual la serpiente era el animal más astuto de la creación. La afirmación se refiere literalmente a la serpiente. Mas ¿por qué no ver aquí una metáfora, como la que emplea San Juan cuando habla en el Apocalipsis «del gran dragón y la serpiente antigua que se llama demonio y Satanás?». Según esto, podríamos traducir: «El demonio era el más astuto de todos los seres animados de la creación». Y bien demostró la realidad que era más astuto que el hombre. El relato de la tentación, que está en la memoria de todos, es buen argumento de esa astucia.

Todos los que se han detenido a comentarle, han elogiado el arte del narrador. El diálogo es sencillamente magistral; la pintura de los personajes tan perfecta, que en realidad se han convertido en tipos universales; el progreso de la seducción en el corazón de la mujer revelan el más alto conocimiento de la psicología humana. La ingenuidad se mezcla con la profundidad de una manera inimitable. Y lo prodigioso es que nos encontramos en los comienzos de la producción literaria de la humanidad. «Goethe en el *Fausto*, observa Guiton; Kierkegaard en el escrito de su juventud que se intitula *Diario de un seductor*, Balzac en *El Sirio*, Fromentin en *Dominique*, Bourget en *Le Disciple*, Gide en su *Sinfonía Pastoral*, han puesto de relieve, bajo diferentes aspectos, el mecanismo de la tentación de seducción. Pero Goethe y Kierkegaard y Gide y todos los que han tratado el tema en los tiempos modernos, podían apro-

vechar la ayuda de largos siglos de análisis. El autor del *Génesis* es el primero que abre el camino y llega hasta la cima de la perfección.

Algunos intérpretes se han sentido impresionados por el carácter típico y el contenido universal del relato de la culpa. Esto les ha hecho pensar que la escena bíblica sería, ante todo, una proyección hacia el pasado de la experiencia común del género humano, una pintura dramática de la condición de todos los hijos de Adán. Otros se preguntan si el autor sagrado no quiso presentar una estilización, una síntesis del desarrollo del hombre en una de sus etapas decisivas, el paso de la edad de la infancia a la madurez, de la crisis a la pubertad. El niño goza sin preocupaciones de su dicha y de su inocencia; ignora el pudor y no se asusta ante la perspectiva de la muerte. De pronto, en su alma se despierta el deseo de conocer; el árbol de la ciencia tiende hacia él sus ramas, cargadas de sabrosos frutos. Entonces sus ojos se abren para darle la conciencia de su situación dolorosa. Antes, el juego; ahora, el trabajo; antes, el goce de la vida sin cuidado; ahora, el pensamiento de la muerte, que viene a envenenar su existencia; antes, los sentidos dormidos; ahora, la lucha interior. Después de gustar los frutos del árbol de la ciencia, el hombre se da cuenta del carácter trágico de la vida. En resumen, estas páginas del *Génesis* tendrían su lugar adecuado al frente de una antología de la literatura existencialista.

Que a causa de su carácter típico, universal, la crisis del paraíso pueda servir para ilustrar las crisis de la humanidad, no tiene nada extraño; y no puede negarse tampoco que, al describir la caída, el autor sagrado aproveche sus observaciones personales y se revelase como fino psicólogo a relatar este primer acontecimiento de la historia humana.